

Su ciudad de jardines coronada,
Y Níve en un tiempo tan temida,
Ya por los duros Scitas destruida.

Los belicosos caspios, cuyas flechas
Las caspias puertas guardan poderosas,
Por un milagro de natura hechas,
Entrada á mil naciones monstruosas:
Los que de Media labran las estrechas
Yugadas y sus playas arenosas,
Y los que hácia el persiano señorío
A Parcoato beben el rocío.

Los caducios, que en riscos escondidos
Estrechos labran y avarientos llanos,
Y los de Gorgiana mas tendidos,
De trato y condicion menos humanos:
De Hércules los altares encendidos,
Que aun humean incienso de sus manos,
Y de Persia las fértiles llanadas,
Todas de ásperas cumbres rodeadas.

La Pártia con su gente aborrecible,
Del furor de los godos desterrada,
Sin lealtad y sin fe, cruel, movable,
A guerra y sediciones inclinada;
Y los que de la Hircania, la invencible
Tierra de inculta hacen cultivada,
Y en medio sus altísimos pinares
Ligeros tigres cazan á millares.

Las dos Carmanias ambas montuosas
Mira, y la belicosa Cedrosia,
Los collados y selvas espantosas
De la estéril y helada Aracosia:
De Arbitos las vertientes caudalosas,
Y las aguas que al Indo claro envia,
Y los Paraponis belicosos
En todo, y no en olivas abundosos.

Deja ya atrás del Indo las riberas,
Y el monte Imavo á la derecha mano,
Y sobre las sardónicas laderas
Cual rayo va cortando el aire vano:
Descubre el Gange entre naciones fieras,
Que con dorada arena y curso llano
Rompiendo los collados orientales
Del mar busca los secos arenales.

Mira el gran muro y raya que divide
Del Scita inculto el regalado China,
Y dentro della el reino en que preside
La luz que sus deseos encamina:
Los campos, bosques y los montes mide,
Y con cuidado y prevencion divina
Vuelve y revuelve, y con la vista atenta
Hasta las ramas de las selvas cuenta.

Descubre entre arboledas y espesuras
Ciudades, pueblos, torres almenadas,
De huertas, de jardines, de frescuras
Bastecidas, compuestas y adornadas:
Con chapiteles de oro las alturas
De las suntuosas puertas coronadas,
Y las murallas que la vista goza
De alegre pasta azul, de fina loza.

El oro mira que en las ricas venas
De la avarienta tierra está perdido,
Minas de pedrería y plata llenas,
Tesoro á ojos mortales escondido:
«¡Tierras dichosas, fértiles y amenas,
(Dijo Marte en su vista divertido)
Hoy me ha bajado amor del quinto cielo
A verme pobre en vuestro rico suelo!»

Mira el alcázar y el palacio ufano
Que la belleza Angélica encubria,
Y ante la puerta real un fresco llano,
Donde en concurso y tropa de alegría,
La ilustre gente y pueblo cortesano
Con gallardas libreas discurría,
De campo y montería los ropajes,
Con varios y fantásticos plumajes.

Los perros con sus saltos placenteros
De alegría llenan el florido llano,
Los sacres y falcones altaneros
Ya de placer se arrojan de la mano:
Los caballos feroces, bravos, fieros,
Los frenos muerden con braveza en vano,
Nevando el campo con la blanca espuma,
Que entre las manos hacen se consuma.

Mil géneros de perros enseñados
Todos á un fin, pero de mil maneras,
Cuales tras los prestísimos venados
Diestros en abreviarles las carreras,
Cuales ligeros, cuales mas pesados,
Cuales para aves, cuales para fieras,
Con galgos, con sabuesos, con ventores,
Prestos ginetes, diestros corredores.

Destos diversos ejercicios llena
De lo alto mira Marte la ancha plaza,
Conoce que la causa de su pena
Sin acordarse della sale á caza:
Y dice contemplando la cadena
En que el tirano amor su gloria enlaza,
«¡Hermosa cazadora de Cupido,
Ya un dios entre tus redes ha caido!»

Asoma en esto á la grabada puerta,
Vistiendo el verde campo de alegría,
De perlas, oro y pedrería cubierta,
Cuanta belleza el mundo conocia:
Dejó una nueva gloria descubierta,
Suave el viento, y apacible el día,
Reconociendo á hermosura tanta
Vasallaje del sol la lumbré santa.

De tela de oro en rozagante vuelo
Pendia la grave falda de brocado,
Con cuanta pedrería al rico suelo
De Oriente da y tributa el sol dorado:
En luces de diamantes dando el cielo
De su beldad al mundo retratado,
Donde en cualquier desden que andando hacia,
Arderse en rubias llamas parecia.

De la color del día sus cabellos,
Del alba y de su luz las cejas bellas,
Y amaneciendo un cielo dellas y ellos,
Aun se ven en sus ojos dos estrellas,
Que al alma que las mira en rayos bellos
Del pedernal de amor envían centellas,
Los labios de un rubí, la boca enana
De un limpio aljófár engastado en grana.

Cual suele en el rosado y fresco Oriente,
Dando principios de oro al nuevo día,
La clara aurora con serena frente
Barrer del mundo la tiniebla fria,
A la cansada soñolienta gente
Perlas lloviendo, rosas y alegría,
Tal la reina salió, y del mismo modo
Su vista lo vistió de placer todo.

Quedó Marte confuso, y su cuidado
Entre esperanza y miedo divertido,
De tanta hermosura deslumbrado,
Y de su misma pretension corrido:
El día sereno, el viento sosegado,
De una templada nube el sol vestido,
Dicen que el dios de zelos lo facia,
Porque no viese Apolo lo que él via.

Sobre fogosa y blanca hacanea,
De vistosos lunares remendada,
Pequeña, recogida, y que pasea
Debajo el blando freno concertada:
Con toda la beldad, que por librea
De la suya dió el cielo retratada,
Angélica salió, y salió tras ella
El día, que cobra su hermosura en vella.

Aquel dichoso y regalado moro,
Hijo de amor, nacido en Tolemita,
Que en ojos negros, y en cabello de oro,

Un tierno humano serafin imita:
El rey chino, el bellissimo Medoro,
Cuya acabada perfeccion limita
Que el poder natural pase adelante,
A estampa mas perfecta y elegante:
Este en traje galan, y hábito suelto,
De azul y plata á lo español vestido,
En oro, perlas y en olor envuelto
El triunfo del amor sacó cumplido,
Sobre un frison gallardo y desenvuelto,
Despedazando el freno desabrido,
De cuerpo, talle y condicion perfeto,
Feroz, bravo, brioso é inquieto.
Un rico manto por los hombros puesto
De la mas fina púrpura de Tiro,
A quien mezclados dan soberbio peso
Las perlas, el diamante y el zafiro;
Con un ancha cenefa de oro grueso
Que alegre muestra en rozagante giro
El gran cerco de estrellas, por quien guia

La luz que arrastra tras su carro el día.
Cual águila real, que de lo alto
La deseada caza considera,
Con gozo, con temor, con sobresalto
Revuela, sube, baja, vuelve, espera,
Y codiciosa de acertar el salto
Cercando va la descuidada fiera,
Aguardando sazón y coyuntura
De mas descuido, y parte mas segura;
Tal el soberbio Marte iba volando
Entre torreadas nubes escondido,
Al sol los rayos de oro deslumbrando,
De otros mas poderosos encendido,
Nuevas trazas y modos fabricando
De ver su gusto y su deseo cumplido:
Llegan al monte entre una y otra traza,
Y dan principio á la famosa caza.
Libres de las pigüelas mil azores
A arrojarse comienzan de la mano;
Los diestros agudísimos ventores



A henchir de la escondida caza el llano,
Con que los prestos galgos corredores
No hacen entre mil un lance en vano:
Sigue este, alcanza aquel, el otro incita,

Crece la caza, el alboroto y grita.
Entre el tropel, ruido y barahunda
De ciervos una tímida manada,
Hizo que el campo alegre se confunda

Tras el lance y la presa deseada :
Que todo en voces de placer lo hunda
La trápala de gente alborotada,
Y por el bosque y selva á campo abierto
Se siembre, corra, y vuele sin concierto.

Siguen aquello que se les antoja
Con grita, voces, con furor y estruendo,
Uno vuelve, otro pica, otro se arroja,
Otros aparta, aparta van diciendo;
Ataja, ataja aqueste, el otro alfoja,
Barausta, rompe, salta, vuelve huyendo,
Sal, cruza, dale, ten, alarga y pica,
La grita y confusion se multiplica.

Uno cae, otro huye, otro revuelve
Perdido sin ver como en la espesura :
Otro siguiendo un ciervo va, y se vuelve
Confuso y anegado en la espesura :
Este se apea cansado, aquel desvuelve
Tras un tigre la selva mal segura ;
Gamos, liebres, leones y venados.
Heridos, presos, muertos y atajados.

Medoro, ó fuese fuerza, ó fuese acaso,
Salió contra un ligero ciervo herido,
Que aquel dios liberal, ó el tiempo escaso,
Le ofreció por llevarle divertido :

Queda Angélica sola, y llano el paso
A cuanto el nuevo Marte ha pretendido,
Nuevo, porque era nuevo enamorado,
Y el amante no es mas que su cuidado.

Alteróse la tarde al grueso aliento
Que exhaló Marte de su nube oscura,
Brama el confuso bosque, brama el viento,
De hojas desentoldando la espesura :
Ráscase el enlutado firmamento,
En humo y fuego vuelta su hermosura,
Agua, tormenta, rayos y granizo
La alegre caza y su placer deshizo.

Tráenles los cielos ya de luto envueltos
La noche sin sazón en medio el día,
Y ellos en agua y confusion revueltos
Cada cual sigue por su incierta vía :
Volaban los caballos desenvueltos,
Pero mas la tormenta que traía
La obscura nube en sus hinchados senos
De ardientes rayos y confusos truenos.

Gusta Marte de verlos anegados,
Su alegre fiesta en aire convertida,
Tales son los contentos mas fundados,
Todo tiene su fin en esta vida :
La dama por quien son estos nublados
En una cueva se quedó escondida,
Segura estoy que Marte sepa adonde,
Que á los ojos de Dios nada se esconde.

Entre un horrible y espantoso trueno,
De ardientes rayos y de luz vestido,
De gozo, espanto, y de contento lleno
Marte bajó en Medoro convertido :
Y al tocar su furor el valle ameno
Tembló el gran mundo de su pié oprimido ;
Pero la magestad en esto cesa,
Que ella y amor no comen á una mesa.

De aquel ayuntamiento milagroso
Esta beldad nació gallarda y brava
(Sino es del todo vano y fabuloso
Lo que mi sabio abuelo nos contaba)
Perdióse en esta caza el rey hermoso,
O sea que el dios que la honra le quitaba,
Con ella le quitó tambien la vida,
Entre medrosos zelos consumida ;

O sea otra oculta causa, no hay del suelo
Quien no esté del secreto deslumbrado :
Solo de la princesa el sabio abuelo,
Por sus mágicas artes informado,
Alcanzó que la luz del quinto cielo
Es quien tal nieta y tal beldad le ha dado,

Y de Artildo el saber, que en mi memoria

Como la he dicho aquí puso esta historia.

Así en la gruta la japona bella

La razón á Bernardo da cumplida

De su ausente afición, y al fenecella

De un blando sueño se quedo vencida :

Y él ocupada el alma en entendella,

Con tantas novedades divertida,

De la que el tierno amor hizo su dueño,

Hallar no puede, aunque lo busca, el sueño.

Parécele sentir, ó se le antoja

Rumor de gente dentro de la cueva,

O sea el pensamiento, ó su congoja,

O el blando viento que las hojas mueva :

En pié se pone, y con la limpia hoja,

De la vaina desnuda, atenta y prueba

A entrar con lentos pasos sin ruido,

Al tiento de las señas del oído.

Fue al parecer bajando largo trecho,

Cuando dentro se halló de una ancha sala,

De un medio globo de cristal el techo,

Obrado todo de artificio y gala :

El suelo de alabastro y jaspes hecho,

A quien ningun primor humano iguala,

Doz bellas puertas en el muro esterno,

La una de marfil, la otra de cuerno.

En cada cual sobre una silla de oro

Sentada una hermosa dama habia ;

La de la diestra mano en su decoro

Un cielo de virtudes parecia,

Con una poma que el mortal tesoro

Del mundo en su respecto humilde hacia,

Labrada en un carbunco que enviaba

La luz que aquellas cuevas alumbraba.

Estaba la otra á la segunda puerta

Con una taza de oro en las dos manos,

En una bella máscara encubierta

De lascivo mirar, y ojos livianos :

De perlas toda y pedrería cubierta,

De lustre, tez y resplandores vanos,

Por trono altivo un pobre cadahalso

De falsas piedras hecho, y de oro falso.

Y de la sala en un rincón profundo

Abrirse un ciego pozo parecia,

Por donde de hombres nuevos en el mundo

Como de hormigas un montón salia :

Así en Tebas se vió el campo fecundo

Que un tiempo armadas gentes producía,

Cuando de Acteon el prudente abuelo

De serpentinos dientes sembró el suelo.

Mas si era admiración la nueva fuente,

Que hombres en abundante vena cria,

Mayor espanto daba la corriente

Dellos, que al trono de oropel subía

A beber de la taza el mosto ardiente,

Con que la enmascarada diosa hacia

Un brindis de venenos esprimido

Al incauto escuadrón recién nacido.

Jamás de tantas olas asaltadas

Vió el mar del Sur sus carcomidas rocas,

Ni á las vadosas siertes sobre aguadas

Mas arenas ciñeron y mas focas,

Ni por el fresco abril mas apiñadas

Aves de Africa á España vuelven locas

A cantar los agravios de Tereo,

O á Tracia á oír la música de Orfeo,

Que al sitial van llegando de oro injusto

Gentes de todas marcas y figuras,

De las que el hondo pozo en brio robusto

Escupe de sus cárceles oscuras,

(¡Estrañó caso!) que en tocando al gusto

Del venenoso jugo las dulzuras,

Todos en fieras se iban convirtiendo

De espantable figura y bulto horrendo.

Quién en león, en tigre, en oso, en pardo,

En cocodrilo, en topo, en sierpe, en oso,
Quién en fiero avestruz, quién en gallardo
Pavón, quien en cabrón, quien en raposo,
Uno en ligero ciervo, otro en buey tardo,
Otro en torpe jumento perezoso,
Y en otras espantosas formas fieras
De esfinges, hidras, scilas y quimeras.

Así de Circe el encantado vaso
Un tiempo á Italia dió animales nuevos,
Cuando á pisar las playas del ocaso
De Grecia trajo Ulises cien mancebos,
A quien en cuerpo horrible y bulto escaso
El Lacio entre sus flores y renuevos
Brutos establos dió y albergue inmundo,
Para escarmiento y confusion del mundo.

Mas sin que nadie en el ajeno daño
Del suyo halle sospechas, todos juntos,
Tras el goloso vino del engaño,
Ciegos renuncian del honor los puntos :
Y hechos en nueva forma y traje extraño
De horribles monstruos ya nuevos trasuntos,
En tropa salen por la eburnea puerta
De un fresco viento á la campaña abierta.

Cual, ó cual de aquel número confuso,
Mas que por elección por su ventura,
De la trulla saliendo, y del abuso
Del vulgacho sin fe, ley ni cordura,
A la otra puerta, donde el cielo puso
De virtud un crisol y beldad pura,
Por las gradas subía del estrado,
De ricas perlas y de luz sembrado.

Y la diosa gentil que allí alumbraba,
De ardiente caridad y amor vestida,
Al venturoso monstruo que llegaba
Volvia la forma y la salud perdida ;
Y del lumbroso globo que manaba
La luz que daba claridad y vida,
Sacando al rayo una sutil centella,
Hacia milagros y finezas della.

Los antes torpes monstruos y quimeras
Hombres los vuelve ya la luz divina,
El contrahecho bulto y ser de fieras
En nueva humana forma y seso inclina ;
Y no con las demás sombras ligeras
La aparente beldad desencamina
Su curso, mas por puerta diferente
La senda hurta á la engañosa gente.

Quedó admirado el príncipe de España
De tan extraño y necio encantamiento,
Parécele que duerme, y le maraña
Algun confuso humor el pensamiento ;
O que con sombras otra vez le engaña
De la sutil Alcira el hueco viento,
Que trüecos de tan grandes novedades
No pueden suceder ni ser verdades.

Y en este discurrir de fantasía
Suspense estaba y divertido acaso,
Deseoso de saber que se hacia
La caterva de monstruos de aquel vaso :
¿A qué fin tales formas les vestía?
O ¿adónde van con su imprudente paso?
Cuando la diosa de la poma de oro
Así le dijo en razonar sonoro :

«No temas, ó invictísimo guerrero,
Honra de la española monarquía;
Que en feliz paso, y venturoso agüero,
Te trajo el tiempo á la presencia mia :
La diosa Temis, norte verdadero
Del mundo soy, y la segura guía,
Que con prudencia regió el mortal gusto,
Para saber pedir y amar lo justo.

Del cielo y de la tierra fui engendrada,
Y por bien de mi madre quedé en ella,
En guarda de la luz que aquí encerrada
Cual ves conservo en esta poma bella :

Del que asombra en el Cáucaso, robada
De un rayo fue de la mayor estrella,
Para dar vida y almas celestiales
A hombres de barro y bultos materiales.

Fuí en otro tiempo oráculo del mundo,
Mas ya mi casa y templo está olvidado,
Y yo huyendo del á lo profundo
Desta gruta su altar he retirado ;
Y aquí encerrada desde aquí confundo
Con mi presencia el vulgo desgraciado,
Y el ignorante enjambre que estas cuevas
Y aquella taza dan figuras nuevas.

Ni creas que es burla y vano fingimiento
Lo que en estos desvanes aparece,
Ciego y sombrío rincón del aposento
En que el hado sus suertes establece ;
Que aquí las leyes traza y el aumento
Con que allá el mundo se gobierna y crece :
Esos trüecos que ves de hombres en fieras
Aquí son sombras, mas allá son veras.

En la luz sola desta poma rica
La discreción del mundo está en un cerro,
Que ella por sí no es nada, y si se aplica
Al seso humano lo hace verdadero ;
El cielo al suelo dió de su botica
Desta ambrosia un adarme, y casi entero
Se está aquí sin tocar, que al gran rebano
Todo lo ha hecho suyo el necio engaño.

Advierte en esas olas y crecientes
Manantiales de la vida humana,
Como las avenidas de sus gentes
A parar van á aquella dama ufana,
Que en monstruos los convierte diferentes
Con darles en su taza cortesana
De ignorancia y de engaño una bebida,
Que dura su embriaguez lo que la vida.

Y así impacientes salen de sus manos
A otros nuevos caminos mas aviesos,
Torpes, sin ley, sin traza, huecos, vanos,
De desvarios llenos y de excesos :
Cual y cual por gran dicha quedan sanos
Con la luz de mi rica poma, y esos
Por estas cuevas suben mal trilladas,
Siguiendo de los menos las pisadas.

Tú seguirás tambien ese camino,
Pues ya el cielo te hizo de mi bando,
Y ahora de nvevo este licor divino
Te irá por donde fueres alumbrando :
Dijo, y como un aljófar cristalino,
Encendido en la luz de un fuego blando,
Un claro rayo le arrojó á la frente,
Mas que el bello del sol resplandeciente ;

Y como con el alba el día vistoso,
Así quedó de luz acompañado,
Saliendo por la puerta deseoso
De ver lo que allí esconde y guarda el hado :
De un fresco valle el campo deleitoso
De admirables tragedias vió ocupado....
Mas vuelvo al conde Orlando, que dormía
Sobre las flores, y es ya entrado el día.

ALEGORIA.

En el templo arruinado de la diosa Temis, que lo es de la sabiduría y discreción humana, se muestra cuan caídas están estas dos cosas en el mundo. Por Arcángelica hecha valerosa amazona, se descubre cuan hermoso es el apetito de la venganza en sus principios, y cómo se enamora del brazo poderoso que la puede poner en ejecución : y como sin el fuego que arde en el pecho no se puede hacer perfecta venganza, que es lo que significa el incendio de la flota. El rayo de luz de la poma de la diosa Temis significa que la prudencia humana no es mas que un rayo de la divina. Las dos puertas del templo son los dos caminos de la virtud y el vicio, y en el ena-

morarse Marte de la hermosura de Angélica, se ve cuan poderosa es la sensualidad en los que no huyen las ocasiones.

LIBRO DÉCIMOQUINTO.

ARGUMENTO. Encuentra Orlando á Garilo sobre su caballo, vale siguiendo hasta un castillo, donde se le hace fuerte. Quiere el francés ponerle fuego, y el catalán lo estorba con un nuevo engaño. Al fin entra dentro, y cobra sus armas. Garilo se le esconde en la tienda de un alquimista, que le cuenta la sutil novela del engaño, y Garilo despues roba al alquimista el famoso anillo de Angélica la bella. Malgesi levanta con sus conjuros su navio volando por el viento, llevando dentro de él á Reynaldos, Morgante y Orimandro, á los cuales en un admirable discurso va mostrando toda la hermosura de Europa.

¡Oh nuevo y dulce sueño, ó claro indicio
De la armonía que el autor del cielo
En el humano célebre edificio
Por imagen trazó de su modelo!
La gran suma de cosas que al oficio
Del pensamiento dan ayuda y vuelo,
Aquel no sosegar con su armonía
El reloj de la libre fantasía:

Aquella interior luz que repartida
En espíritus libres arde y vuela
Por el celebro casa de la vida
En inmortal cuidado y centinela:
La humedad en sus celdas recogida
Que secretos altísimos revela,
La razon, la memoria, el movimiento
Del inquieto y libre pensamiento:

Buscando de reposo un breve rato
El dulce sueño hallé, y ahora fuese
La masa de grandezas que aquí trato
Que al silencio del alma se atreviese,
O de la diosa Temis el retrato,
Que acabé de pintar, se revolviere
De mi ceñida frente en las cavernas,
De especies llenas y humedades tiernas.

Sea al fin sueño, antojo, ó fantasía,
En aquel breve rato de reposo,
Que el silencio por suyo me tenía,
En agüero feliz y hado dichoso,
Una beldad, que como el sol al día
Alumbra al mundo sobre un carro hermoso,
Vi de pomposos grifos, que en sonoro
Aliento gimen en sus yugos de oro.

Y á un altivo collado en que me hallaba
Cogiendo á tienta de sus faldas flores,
Ella que por las nubes volteaba
Su carroza y caballos voladores,
Las riendas de oro que en su furia brava
Templar suelen del curso los furioses,
A mí las vuelve, y ¡salve el cielo, dijo,
Los nobles pensamientos de tal hijo.

¡Oh cómo se gastó del primer mundo
El ansia de saber, quedando hecho
Teatro de ignorantes el segundo,
Sin gusto en él ni antojo de provecho!
¿Quién sabe de su alma en lo profundo
Amar á la virtud? ¿quién tiene el pecho
No lleno de altivez y vanidades,
Mas de hambrienta codicia de verdades?

¿Quién no deia llevarse al vuelo extraño
De una ambición que el ánimo embriaga?
¿Y vuelto en el sentido, y el tamaño
Coloso hasta su mismo ser se traga?
¿A quién de la avaricia el corto paño
Con humildes propósitos no estraga,
Sujetando de un logro al vil renombre
La soberana magestad del hombre?

Todo lo mas del mundo, el labio puesto
Tiene al engaño en su dorada taza;

¡Loca embriaguez! pues la virtud tras desto,
Ni hace ni osa de sus gustos plaza:
Del sabio, el noble, el casto, del modesto,
Y del que á sola la virtud se abraza,
Un necio burla, si á un adarme llega
La pobre plata que en su cofre allega.

Mas tú, ó espíritu noble, que aunque fuerzas
Te falten, no han faltado los deseos
De seguir la virtud, en quien refuerzas
A tu inmortalidad nuevos trofeos,
No vuelvas el pié atrás, ni el paso tuerzas,
Por mas que con locura y devaneos
Los ignorantes griten, que ellos solos
Las musas son del mundo, y los Apolos.

Y porque en feliz curso la jornada
De tu española monarquía acabes,
Y tu heroica grandeza comenzada
De historias llenas y sentencias graves;
Conmigo ven, que estoy determinada,
Al vuelo de mi carro y de sus aves,
Mostrarte para luz de tu escritura
Clara una senda, en estos dias obscura.»

Dijo, y en la carroza, que era hecha
De oro, cristal y rica pedrería,
Subir me manda, y por la via estrecha
La vuelta dió á donde nace el día:
¡Estrañó caso! ¡pero qué aprovecha!
¿Si lo que ahora aquí, y entonces via,
Por hoy el mundo y yo lo hemos dejado,
El por ocioso, y yo por ocupado?

Vi el cielo, vi la tierra, vi el profundo
Mar con puntas y playas diferentes,
Y entre el primero golfo y el segundo,
Montes, selvas, ciudades, rios y fuentes;
Y vuelto un nuevo Tritolemo al mundo,
No sé que iba sembrando entre las gentes
O eran perlas ó flores que cogia,
Cuando la diosa hácia mí venia.

Mas ahora de la densa nube obscura
Flores sembrase, ó fruta, espino, ó rosas,
No sé mas de que en dulce paz segura
Mil gentes me miraban cuidadosas:
Uno asombrado de la humilde altura,
Otro con nuevo escrúpulo en mis cosas,
Teniendo aquel volar por aciago,
Y á mí por nuevo encantador ó mago.

Otros llamaban vano mi trabajo,
Y el sembrar por el aire desacuerdo,
Yo caminando por tan noble atajo
Sin responderles nada hacia del cuerdo:
Si eran perlas de ley, ó aljófar bajo,
Ya no me acuerdo bien, solo me acuerdo,
Que unos al toque las hallaban sanas,
Y que otros las dejaban caer por vanas.

Y yo encima del aire levitando
Debajo via de mí los altos montes,
Bien que no sin temor, y con cuidado
De que no tenga el mundo dos Faetones:
Y en deleitoso vuelo, aunque soñado,
Temples mudando, climas y horizontes,
Cerqué la tierra, y con feliz agüero
Me ensayé en este curso al veridero.

Quando el ruido y voces de la gente,
Que al oír mi nueva voz iba llegando,
¡Oh cielos, qué disgusto! de repente
Triste me arrebató del sueño blando:
Y volviendo en mi acuerdo ví presente
Desarmado y á pié al valiente Orlando,
Que en los bostezos y el color difunto
El tambien despertaba en aquel punto.

En la majada de un pastor serrano
Al fresco viento le dejé dormido,
Contemplando en el cielo soberano
Las vueltas con que el mundo da ceñido;
Y en el pajizo lecho del villano,

Que aun verle dormir está encogido
Temiendo su braveza, entre las flores
El alba le salió de mil colores.

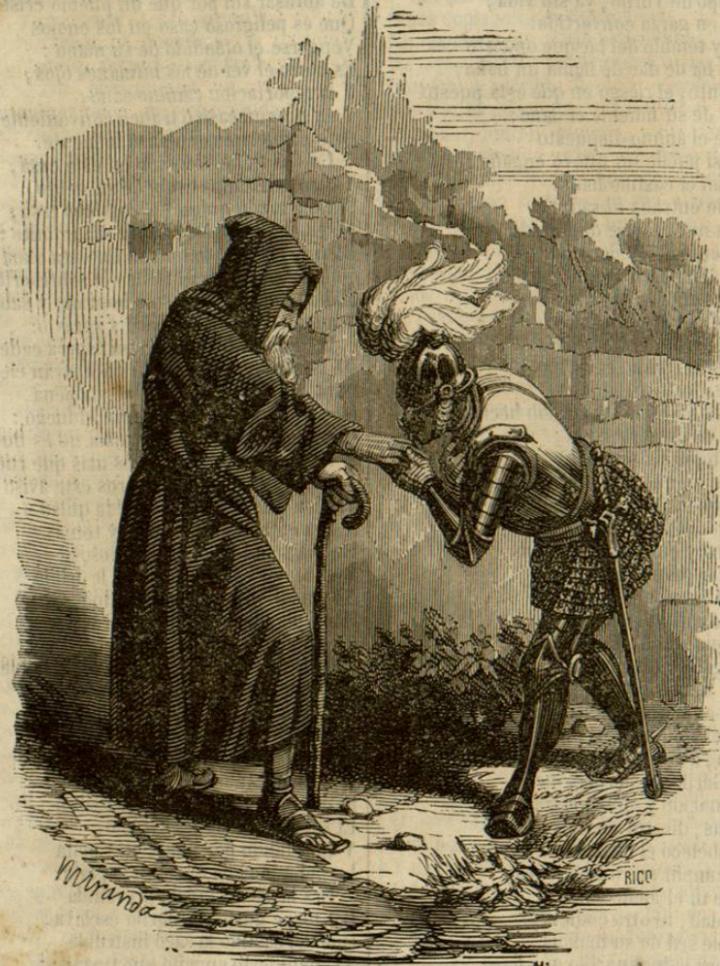
El carro de oro al fin de su camino
Ya con la luz llegaba amortiguada,
Y en el suyo el cansado peregrino
Del rocío la esclavina aljofarada:
Su gastado tizon de seco pino
De la mano arrojaba fatigada,
Y la presencia del cercano día
De mil centellas una lumbre hacia:

Quando el francés caudillo el pobre lecho,
Y el encogido huésped receloso,
Con agradable estilo satisfecho,
En su antiguo dejó y primer reposo,
Y el camino á poblado mas derecho
Encaminado del tomó furioso,

Jurando de vengarse de Garilo,
Aunque se esconda donde nace el Nilo.

Ya el sol por el zenit de oro subia
A la mas alta cumbre de su esfera;
En peso, y en nivel poniendo el día,
Y á su luz dando hermosa rueda entera
Quando atajar la senda que traia
Un claro arroyo vió, y en su ribera
Un caballero, que á pasar la siesta
Con sombras le convida la floresta.

Conoció en verlo su caballo el conde,
Sus armas, y el ladron que las traia;
No así manchada tigre salta á donde
El hijo halla que perdido habia,
Ni el rio que entre peñascos se le esconde
Con su furia atajó la en que venia,
Cual la otra orilla de un ligero salto



Señor se hizo del lugar mas alto.
Mas no se vió salir al campo raso
Ligera liebre de ventor sentida
Con mas desenvoltura y presto paso
De á donde el miedo la halló escondida,
Ni enjuto galgo en semejante caso
Mostró mas codiciosa arremetida,
Que el uno en el huir sobre el caballo,
Y el otro en el deseo de alcanzallo.
Furia de aceda cólera espolea

Al ofendido conde, á su enemigo
Temor, que el flojo Brilladoro sea
Culpa en su mal, verdugo en su castigo:
Por aquí huye, por allí rodea,
Hasta el castillo de un gascon amigo,
Donde al entrar cerró la estrecha puerta,
Que es grave el riesgo de quedarse abierta.
Llegó Roldan tras él, y en las almenas,
Para mas le aumentar rabia y coraje,
De los consortes de Garilo llenas,